SENADO **SECRETARIA** **DIRECCION DE COMISIONES**	XLIIa. LEGISLATURA Tercer Período
	CARPETA
COMISION DE ASUNTOS INTERNACIONALES	**DISTRIBUIDO** Nº 8 de 1988
Marzo de 1988	Sin corregir por los oradores

VISITA DEL SEÑOR MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

CONTADOR ENRIQUE IGLESIAS

Versión taquigráfica de la sesión de la Comisión del día 7 de marzo de 1988

Preside : Señor Senador Américo Ricaldoni

Miembros : Señores Senadores Hugo Batalla, Juan Raúl Ferreira, Carminillo Mederos, A. Francisco Rodríguez Camusso, Juan A. Singer y Francisco Terra Gallinal

Asisten : Señores Senadores Gonzalo Aguirre Ramírez y Alberto Zumarán, señores Representantes Nacionales, Presidente y Vicepresidentes de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, León Morelli y Roberto Asiaín, sus miembros Javier Barrios Anza, Julio E. Daveredé, Yamandú Fau y Guillermo Stirling, y su Delegado de Sector, Héctor Lescano; y Guillermo Alvarez, Luis A. Heber y Héctor M. Sturla; señores Secretario y Prosecretario de la Cámara de Senadores Félix B. El Helou y Alejandro Zorrilla de San Martín

Invitado Especial : Señor Ministro de Relaciones Exteriores, contador Enrique Iglesias, acompañado por el señor Secretario General, Embajador Alfredo Platas y el señor Jefe de la Oficina de Relaciones con el Parlamento Julio Tealdi

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 17 y 8 minutos)

Naturalmente, esta sesión no es de las habituales, sino que tiene características muy especiales. Este Parlamento se ha ido acostumbrando a cierto estilo, en la forma de relacionarse con el Ministerio de Relaciones Exteriores, que realmente ha despertado siempre el encomio de los señores Legisladores de todos los partidos, sin excepción de clase alguna.

Hoy, a tres años de la asunción del actual Ministro de Relaciones Exteriores, las dos Comisiones --la del Senado y la de la Cámara de Representantes-- han decidido abrir sus puertas una vez más al señor Ministro ante la inminencia de su cese voluntario en la Cartera que ocupa, para pasar a asumir la más alta responsabilidad en el Banco Interamericano de Desarrollo.

A este Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Senadores le parecería absolutamente fuera de lugar detenerse siquiera un instante en el comentario de lo que es y será, sin duda, la brillante carrera, en lo nacional y en lo internacional, del señor Ministro Iglesias. Lo notorio, como decimos los abogados, no requiere prueba, pero se me ocurre que en esta adhesión espontánea a la sesión de esta tarde, solicitada --justo es señalarlo-- por el señor Ministro para despedirse de quienes hemos sido sus amigos --y lo seguiremos siendo--, a todos se nos entremezclan sentimientos profundamente encontrados; sí, el orgullo, la satisfacción, la alegría de que el señor Ministro Iglesias, como consecuencia de un estricto acto de justicia haya sido electo por aclamación Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; sí, alegría, porque, como lo he dicho espontáneamente en alguna oportunidad, este grande y al mismo tiempo pequeño país que es el Uruguay no tiene el derecho de retener indefinidamente para la tarea doméstica --por más importante que ella sea--, a uno de sus más preclaros ciudadanos; pero también la melancolía de sentir, señor Ministro, que algo va a cambiar, sin duda, en las relaciones entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y las Comisiones de ambas Cámaras. Todos somos conscientes de que es la voluntad del Gobierno --y está bien que así sea-- que la política exterior no cambie por el hecho de que un Ministro de Relaciones Exteriores suceda a otro, y quienes cono-

cemos a su sucesor, tenemos la más alta opinión respecto de sus cualidades personales, de su capacidad para el trabajo y de su sensibilidad para entender algo tan difícil como es el mantener permanentemente abiertos los canales de comunicación entre el Poder Ejecutivo y el Parlamento. Pero hay verdades que rompen los ojos, señor Ministro, y aun existiendo siempre coincidencias en los objetivos, inevitablemente habrá diferencias en los grandes, medianos y pequeños instrumentos que todos los días hay que elegir para llegar a esos objetivos que se comparten. Allí es donde se marcan, sin duda, las diferencias entre unas personas y otras, al margen de lo que pueden ser sus capacidades y condiciones personales. Esperamos que la política exterior sea la que usted ha modelado, con carácter protagónico, y estamos seguros de que tal es la voluntad del Gobierno y, naturalmente, del futuro Ministro de Relaciones Exteriores, pero también sabemos que algo va a ser diferente, porque los estilos no se heredan. Cada uno es como es y nosotros --cada partido de los que estamos aquí representados-- estamos dispuestos a brindar nuestra mano abierta al nuevo Ministro, pero sabemos que el Ministro que se retira es, como tal, inimitable.

La vida diplomática tiene aspectos muy complicados, pero no hay ninguna duda acerca de que cada día se afirma y se reafirma el estilo de una persona en la tarea que se cumple. Entonces, dentro de lo que todos deseamos que sea una continuidad en la política exterior --y apostamos a que así será-- sabemos que pasado mañana se cierra una de las etapas más brillantes en la historia de las relaciones internacionales del país a nivel de Gobierno y reconocemos que su Ministerio ha enseñado un camino al país, y a este Parlamento le ha demostrado lo que puede, no sólo la inteligencia y el relacionamiento que el señor Ministro saliente ha tenido, tiene y tendrá en el mundo internacional, sino que también nos ha enseñado cómo se debe procesar siempre las relaciones entre el Parlamento y el Poder Ejecutivo.

Usted ha sido un Ministro que nunca ha necesitado ser llamado para afrontar las cuestiones más delicadas, ya que siempre ha tomado la iniciativa, y me alegro de decir --como lo hemos comprobado en ambas Comisiones-- que cada concurrencia suya a esta Comisión ha significado una lección de claridad, de coherencia, de una línea sin fracturas ni desvíos, así como, también una lección de lo que es el trato civilizado entre personas de bien.

Sentimos melancolía porque se va; satisfacción, por el honor que es intransferiblemente suyo pero, a la vez, honrroso para el país.

Estamos seguros que desde el Banco Interamericano de Desarrollo, algún día también se dirá --porque las posiciones se van sucediendo y no sabemos cuál le espera luego en el recodo del camino-- que con su retiro --dentro de muchos años-- también se estará cerrando una de las etapas más brillantes de dicho organismo, cuya tarea nos importa a todos y cuyo éxito significa, seguramente, un aporte insustituible para el desarrollo de toda la región, que tantos problemas tiene y que, sin duda, si no pueden ser resueltos con su mano avezada, será para pensar que no hay posibilidades de racionalidad y de cooperación entre los países del sistema interamericano.

Nada más, señor Ministro. En lo que me atañe, puedo decir que lo voy a extrañar. Esperamos que su vocación viajera signifique tenerlo frecuentemente entre nosotros y puede estar seguro de que, tanto en lo personal, como en lo funcional, todos y cada uno de nosotros deseamos mantener esta amistad que se ha consolidado sin ningún tipo de fracturas a lo largo de estos tres años tan ricos de experiencia remocratizadora en el país.

Ofrezco ahora la palabra al Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, señor Legislador León Morelli.

SEÑOR MORELLI.- Señor Ministro, señor Presidente: esta es la última oportunidad en la que me toca actuar en calidad de Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, y creanme que para mí es un honor y una alegría muy especial que se trate de una reunión de este tipo. No es esta una sesión más, del mismo tenor de las que han llevado a cabo las Comisiones de ambas Cámaras en el correr del año en las que hemos trabajado con la colaboración del señor Ministro y donde algunas veces, --muy pocas-- hemos discrepado con él, sino que la entiendo como un medio para rendir homenaje al más que Ministro, querido amigo, por lo que ha significado su actuación en estos tres años al frente de la Cartera de Relaciones Exteriores.

Dentro del sobre que tengo ante mí, hay un documento que cuidadosamente redacté para despedir al querido amigo contador Enrique Iglesias. Pero he decidido no leerlo porque creo que esta sesión reviste un carácter muy especial. No ten-

go dudas de que todos los Legisladores que han venido espontáneamente hoy aquí --quiero resaltar la presencia, entre ellos, del señor Representante don Julio Daverede, que se ha hecho presente en un día muy doloroso para su partido porque acaba de perder a uno de sus principales dirigentes, el ex Legislador Tomás Brena-- han querido hacerlo para despedirse del señor Canciller; para ello, no había compromiso ni obstáculo que impidiera que hoy todos concurriéramos a saludarlo.

En estos momentos es muy difícil para mi despedir a un gran Ministro y a un querido amigo. Los aquí reunidos sabemos, como lo dijo el señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales del Senado, que quien va a sustituir al contador Enrique Iglesias --y al que hemos conocido, algunos, hace pocos días o pocas horas-- es un hombre muy capaz. Además, ha anunciado que va mantener la línea que en política exterior ha venido llevando la República. No dudamos de que sea así, pero no podemos dejar de reconocer que, en lo que me es personal, no va a ser lo mismo.

Hemos seguido la trayectoria del contador Enrique Iglesias en la CEPAL, en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en su vida personal e, inclusive, como nuestro profesor en la Facultad de Ciencias Económicas, de modo que ya prevemos la que le corresponderá como Presidente del BID. Sin embargo, tenemos la esperanza de volverlo a tener entre nosotros --no como amigo porque en esa calidad siempre lo va a estar-- nuevamente como Ministro de Relaciones Exteriores, cosa que estoy seguro va a suceder. Digo esto --señalo que a título personal-- porque creo que es una de las personas de las que el país no puede darse el lujo de prescindir ni ahora ni el futuro.

No voy a extenderme mucho más porque, repito, entiendoque esta es una sesión muy especial en la que todos deseamos escuchar la palabra del señor Ministro, así como despedirnos de él. Por lo tanto, solo me resta decirle que tenga mucha suerte en su nueva labor y también que en el seno de ambas Comisiones no ha dejado otra cosa que amigos.

Nada más, muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Asiain.

SEÑOR ASIAIN.- Señor Presidente: en el curso de los tres años

que hemos trabajado juntos con el señor Canciller y en la infinidad de reuniones en las que con él hemos participado en el seno de la Comisión de Asuntos Internacionales, quizás sea esta la ocasión en la cual nos es más difícil traducir los sentimientos y pensamientos que queremos transmitirle al señor Ministro. Coincido con los criterios que se han expresado en el sentido de que para el señor Ministro hoy es un día de despedida. Pero en lo personal, sobre todas las cosas como parlamentario, y más que como parlamentario como uruguayo, junto con la despedida siento que corresponde nuestra expresión de gratitud, de agradecimiento a este gran gobernante que ha demostrado ser don Enrique Iglesias; a este hombre que ha sido capaz de generar, en medio de las presiones y confrontaciones propias de la vida política, la única área de consenso nacional que aún sobrevive, el único espacio de encuentro que aún queda a las cuatro fuerzas políticas que tienen asiento en este Parlamento. Ha sido posible lograrlo, en esta única área, no por un acto generoso y unilateral de los partidos políticos hacia el Gobierno, sino fundamentalmente por la gestión protagónica del señor Ministro en la búsqueda permanente de dicho consenso.

Seguramente que no escapa al recuerdo de nadie que, a pesar de su inmensa tarea, el señor Ministro, luego de realizar cualquier gestión internacional, nunca dejó de informar al Parlamento. Asimismo, nunca dejó de consultar a quienes integrábamos ambas Comisiones sobre cualquier decisión importante que el Poder Ejecutivo tuviera que afrontar, independientemente de que es por todos conocido que no es competencia del Parlamento fijar las normas en materia de política exterior.

No le tenemos temor a las palabras, señor Presidente.

Creemos que algún día, cuando alguien escriba sobre este período de transición y esta etapa de afianzamiento de la vida democrática de la República, tendrá que sostener que en el campo de la política exterior existió la "doctrina Iglesias".

hrm.5

Quizás esta sea una doctrina muy distinta a las tradicionales, vinculadas estrictamente al Derecho Internacional; por sobre todas las cosas, esta doctrina estará cargada de humanismo y de amor hacia su país y de una inmensa eficacia en el desempeño de su gestión.

Además, esta doctrina está impregnada de lo que hoy se ha dado en llamar "la acción de la diplomacia directa", activa y militante, por parte de un pequeño país que tenía que reinsertarse en el concierto internacional.

Como se señaló en más de una ocasión, el señor Ministro Iglesias iba a intentar generar las pistas de aterrizaje que necesitaba el Uruguay.

Creemos que ha logrado esto con creces.

Por otra parte, además de al gobernante, queremos agradecer al maestro de una generación, señor Presidente, que no solamente está integrada por personas de nuestro grupo de edad, sino por todos aquellos que, sintiendo inquietudes por el quehacer internacional, poco era lo que conocíamos de él. El contador Iglesias tuvo la inmensa capacidad de los sabios, de los grandes hombres, de ejercer la docencia y de enseñar sin que uno sintiera que le estaban enseñando y trazando rumbos, caminos, o consolidando metas. Su ejercicio docente fue de una inmensa generosidad y, más de una vez, supuso renunciamientos y entregas, porque estoy convencido de que el hoy Ministro saliente quiso dejar una siembra en su país, y creemos que ello ha sido así. Y el desafío de quienes hoy lo sentimos como maestro supondrá en el tiempo hacer praxis de todas las enseñanzas que él desplegó en su gestión.

Muchas gracias.

hrm.6

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO.- Señor Presidente: aunque este sea el señor Ministro de Relaciones Exteriores y estas sean las Comisiones de Asuntos Internacionales, nada más lejos de nuestra expresión que cualquier concesión a los convencionalismos o a los términos protocolares. Como pocas veces en nuestra vida, hablamos hoy, sustancialmente, en dimensión de sentimientos.

Tuvimos un primer motivo de vinculación directa con el contador Enrique Iglesias un cuarto de siglo atrás, cuando encabezó un selecto núcleo de jóvenes estudiosos, integrantes de las más diversas corrientes filosóficas y políticas, que produjo entre 1962 y 1963 el primer diagnóstico circunstanciado, documentado, completo y profundo que se haya registrado de la vida nacional y de sus posibilidades. Ya entonces tuvimos la medida de su talento, de su patriotismo, de su inquietud, de su capacidad organizativa y de la extensión y posibilidad de sus conocimientos.

Reiteradas noticias posteriores nos llegaron de la dimensión de su actuación en el plano internacional, y nos sentimos infinitamente regocijados y esperanzados cuando, detrás del período de tinieblas conocido, asumió en 1985 la cartera de Relaciones Exteriores.

La realidad, como no podía ser de otra manera, en este caso, no defraudó en absoluto aquella expectativa y, por el contrario, si cabe, la superó aun.

El contador Enrique Iglesias ha sido el protagonista de una gestión histórica en la Cancillería uruguaya, y esto lo sabemos todos, por la característica del papel cumplido y por el estilo con que lo hizo. Porque levantó una voz de defensa de la justicia, porque se jugó en favor de los derechos humanos, de los valores de la libertad, de la fraternidad internacional; porque su voz fue escuchada con esperanza y con fervor en todos los continentes por todos los explotados de cualquier raza e idioma; porque pueblos colonizados en Africa, pueblos torturados en Asia, pueblos amenazados e invadidos en América Latina así lo sintieron y así lo vivieron.

Representando a un país relativamente pequeño, pobre y sin gravitación fundamental hasta entonces en el escenario internacional, supo llevarlo a un plano importante en todas las decisiones que efectivamente cuentan.

ccs.1

Y supo hacerlo --y no creo que sea un elemento adjetivo-- con estilo y con señorío.

Como Hindemith --y sé que las referencias musicales le son gratas-- supo manejar los valores de su tiempo sin renunciar a lo clásico que vale. Mostró que un gobernante, un político, un diplomático, pueden ser sustancialmente modernos sin incurrir en deslices de estilo ni en groserías: siempre escueto, siempre justo, siempre cuidadoso, pero siempre severo e inflexible en la defensa de puntos de vista que a todos nos son muy caros: honrado por la casi unanimidad de aceptación de su gestión que han registrado todas o casi todas las fuerzas políticas del país; honrado hasta por la característica de las escasísimas excepciones que en la materia podemos anotar.

Ahora ha sido llamado a cumplir un destino también de inmensa significación para América Latina y para nuestro país. Hoy, como en febrero de 1985, nos alegramos por ello y tenemos la profunda certeza de que también en este etapa cumplirá, y con creces, con las exigencias más severas.

Como Voltaire despidiendo al Marqués de Vauvenargues, podemos decirle hoy al contador Enrique Iglesias: "Saludamos a un espíritu luminoso envuelto en un talento de excepción".

Salud y éxito, entrañable compatriota y amigo.

SEÑOR FERREIRA.- Señor Presidente: voy a pedir excusas al señor Canciller por ser demasiado franco, pero hubiera preferido no hablar en el día de hoy.

Creo que nunca en mi vida me he sentido más falto de elocuencia y de la espontaneidad necesaria como para poder transmitir fehacientemente lo que siento, lo que pienso y la forma como estoy viviendo este acto tan importante en el que gracias al esfuerzo de Enrique Iglesias y de tantos hombres de diversas colectividades políticas, estamos creando un precedente en materia de relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Parlamento. Normalmente los Ministros llegaban al Parlamento temblando de preocupación para enfrentar los embates de una interpelación, y hoy se despide del Parlamento un Ministro que es objeto de un homenaje sentido y del reconocimiento unánime de todos aquellos que entendemos que desde otro Poder del Estado hemos estado acompañando su gestión.

ccs.2

Por una serie de motivos que van más allá, aun, de la responsabilidad --que siento difícil-- de pronunciar palabras que no serán importantes para los anales parlamentarios, pero sin duda lo son para este joven Senador, debo decir que no sentimos --dicho con la sencillez con la que se puede hablar cuando a uno le roban el temor al ridículo y deja salir su sensibilidad y sus sentimientos a flor de piel-- que te estamos despidiendo, Enrique. Yo también aspiro, como el diputado Morelli, a que vuelvas. A lo mejor a mí se me ocurriría otro cargo, más desafiente todavía; pero en todo caso, no sentimos que el Canciller Iglesias se esté yendo. Creo que, como buen patriota e hijo de esta tierra --dicen que los conversos son los religiosos más fanáticos y Enrique, precisamente porque lo heredamos, porque nació en otras tierras, es más uruguayo que todos nosotros-- va a cumplir funciones para el país que tanto lo quiere, lejos de nosotros, pero llevando la "garra charrúa", que se siente tan orgullosa de esta distinción de que ha sido objeto y que, además, confía tanto en los beneficios que para el prestigio del país pueda tener su gestión.

Aquí se ha recordado por parte de legisladores de todos los partidos lo que ha sido el marco de la relación de estas Comisiones con el Canciller y lo que ha sido el fruto de su acción. A veces pienso que aún no hemos sido capaces de valorar en su verdadera dimensión la gestión del Canciller Iglesias, porque tan vertiginosa ha sido --no sólo en el tiempo sino por esa dinámica tan especial que le impone a su tarea-- que recién ahora se va a empezar a asentar, a solidificar, a decantar todo lo que significó esta ráfaga de prestigio, simpatía, diplomacia y talento, que trajo a la Cancillería uruguaya y al país la gestión de Enrique en el Uruguay y en el exterior, donde dio la imagen de un país que vivía al margen de la comunidad democrática y que hoy, sin duda, está valorizado en el plano internacional.

Yo a Enrique --si el señor Presidente me permite salirme de lo estrictamente protocolar y formal-- lo conozco desde hace muchos años, desde que era niño, como un viejo amigo de mi padre. Aprendí a respetarlo y a valorarlo en aquellas épocas. En mi casa siempre se habló del talento de Enrique. Se habló en serio y se habló en broma, sobre todo en broma cuando él estaba presente. Recuerdo la última vez que se reunieron mi padre y el contador Iglesias. Mi padre, quien estaba ya muy aquejado de esta enfermedad con la que está

luchando, se encontraba muy cansado y atinó a decirle: "Mira que no van a salir bien las cosas. Esta combinación de banco gringo presidido por gallego, no puede funcionar".

Ese fue siempre el tono de la cordialidad, amistad, simpatía y cariño que se dispensaron estos dos hombres que significan tanto para mí. Y por eso me reprocho --especialmente en el caso de Iglesias-- que a lo largo de una gestión tan intachable, tan lejos de toda posibilidad de crítica y de controversia, yo no haya perdido alguna vez la oportunidad de darle un dolor de cabeza, o de causarle algo de mal humor o fastidio. El primero de ellos surgió en oportunidad de haber ido a verle, por allá, por enero de 1985, con mi amigo el doctor Bernardo Berro, para sugerirle la idea compartida por un grupo de correligionarios, de que pensara en la posibilidad --en el caso hipotético de que se hiciera realidad ese rumor de que el señor Presidente Sanguinetti le ofrecería la Cancillería-- de aceptar el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores.

Y creo que nunca había visto a Enrique tan enojado con nosotros como ese día. Hicimos dos tres intentos más, hasta que un día el ofrecimiento se formalizó. Enrique --como todos sabíamos que lo iba hacer a costa de un gran sacrificio personal-- aceptó el cargo. Y tuvimos la oportunidad, junto con los colegas que se encuentran hoy en torno a esta mesa, de acompañarlo en algunas misiones al exterior. Personalmente, tuve el honor de acompañarlo a Brasilia, en oportunidad de la trasmisión del mando del señor Presidente Trancredo Neves y del señor Vicepresidente Sarney; luego, de acompañarlo a Egipto, Israel, México y Costa Rica; más adelante, al Perú junto con el señor Presidente Sanguinetti y, en dos oportunidades, integrando delegaciones ante organismos multilaterales en el año 1986; a las Naciones Unidas en el año 1987 y a la Organización de Estados Americanos, donde precisamente se desempeñaba como representante permanente este otro hombre que, a nuestro juicio, es un orgullo de la Cancillería y de la democracia uruguaya, el Embajador Alfredo Platas.

Con Enrique estuvimos experimentando algunas hazañas internacionales antes de la diplomacia oficial, cuando el Embajador Platas era de los funcionarios diplomáticos que hacían honor a esta carrera y nos encontrábamos, en los años en que me hallaba en el exilio, con Enrique funcionario internacional y con el señor Embajador Platas de la República

Oriental del Uruguay --no del proceso, sino de la República Oriental del Uruguay-- siempre ambos en la mejor disposición para tender una mano de amigo y para exhibirse públicamente, cosa que no era fácil en aquellas épocas para quienes andábamos perseguidos y éramos señalados por el dedo de la dictadura que oprimía al país.

Tengo la sensación de que el país entero se siente muy orgulloso de lo que Enrique ha hecho; con muchas ganas de seguir sintiéndose orgulloso de lo que va a hacer. Si el señor Presidente me permite decirlo, mi partido y mi movimiento político se sienten especialmente orgullosos de considerarlo un amigo y uno de los nuestros. Nos hubiera gustado, en el fondo, que nunca llegara el momento de tener que despedirlo. También digo que en estos días a muchos de nosotros nos habría gustado que las cosas se hubieran dado de otra manera y que Enrique se hubiera podido quedar unas semanas más. Como no es así, que él sepa que si siempre lo vamos a recordar con cariño y con afecto, estos días en especial lo vamos a sentir tan cerca como estos tres años que nos ha acompañado día tras día, jornada tras jornada.

Nada más, muchas gracias.

SEÑOR DAVEREDE.- El señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes dijo bien, cuando se refirió a mi presencia aquí, que yo estaba viviendo un momento muy doloroso, debido a que en la tarde de hoy hemos enterrado a don Tomás Brena.

Efectivamente, hemos enterrado a un gran señor que se fue y que, más allá de los aspectos políticos partidistas, era una de las reservas morales de la República. Pero también era menester que estuviera acá para despedir a un gran señor que se queda, que es el Canciller Enrique Iglesias. Y no podía faltar a este acto. Así se lo dije, en una tarjeta que supongo habrá leído, escrita con encontrados sentimientos por el modesto Representante Nacional que habla.

Hoy se habló de los sentimientos y del amigo, como muy bien se dijo, porque todos nos sentimos amigos de Enrique Iglesias.

Digo que existen encontrados sentimientos porque todos sentimos el pesar que nos provoca su alejamiento de la Cancillería y, por otro, la gran alegría y satisfación de que

va a ocupar un lugar destacado mundialmente, como es el Banco Interamericano de Desarrollo. Todos los uruguayos nos sentimos orgullosos de que nuestro país ocupe un lugar en los escaños internacionales, que sólo los grandes señores, por sus condiciones, por su calidad y cualidades, pueden integrar.

No puedo agregar nada más, señor Presidente, porque me encuentro muy emocionado por el suceso ocurrido en el día de hoy, pero señalo mi presencia como un testimonio más y deseo adherirme a todo lo que se ha dicho hoy, que creo que es poca cosa si calibramos la dimensión que posee el contador Enrique Iglesias.

Descontamos que dadas sus condiciones personales tendrá una descollante actuación al frente del BID.

Muchas gracias, señor Presidente.

SEÑOR STIRLING.- Señor Ministro: no oculto que me siento orgulloso de asistir a lo que creo es una insólita reunión en este Parlamento. En toda su historia creo que no debe haber habido otra similar a ésta: un Ministro que renuncia por las circunstancias de todos conocidas, miembros de las Comisiones de Asuntos Internacionales, que representan el sentir de todas las corrientes políticas del país hablando de una forma tan franca, honesta y justa de lo que usted ha representado para el país y para nosotros.

No podría agregar absolutamente nada a todo lo brillante que se ha expresado, a todo lo sincero que se ha dicho a todo lo fuera de protocolo, como decía el señor Senador Rodríguez Camusso. Aquí no ha habido protocolo, ha hablado el corazón de todos en forma muy clara y fundamentalmente se han expresado los sentimientos.

Adhiero absolutamente, señor Presidente, a todo lo que se ha mencionado, en este clima donde se han escuchado tantas cosas; donde vienen entreverados sentimientos encontrados de respecto, afecto, cariño y reconocimiento, en este clima que se va creando y en el cual se mezclan la tristeza y la alegría debido a lo que deja y a lo que va a encontrar.

Creo que todos tenemos la obligación de expresarle estas cosas que sentimos, porque reconocemos que usted se nos ha colado en nuestros sentimientos paulatinamente y, también, en nuestro intelecto por lo que ha sido su gestión.

Coincido con el señor Presidente de la Comisión de Asuntos Internacionales del Senado, Senador Ricaldoni, que usted ha marcado una era en la vida de la política internacional del país.

No puedo agregar nada más, pero quiero que sienta que deja un grupo de amigos sinceros en esta casa.

SEÑOR BARRIOS ANZA.- Señor Presidente: esta es una reunión, tal vez, insólita, como decía el señor legislador Stirling, pero plenamente justificada. El Ministro Iglesias se merece los conceptos que aquí se están vertiendo sobre él.

Confieso que cuando ingresé al Parlamento no conocía al Ministro Iglesias, tuve oportunidad de tratarlo aquí, en esa actividad que permanentemente desplegó en el sentido de colaborar con el Parlamento en su gestión. Conocía sí, su prestigio y en el trato personal con él, debido a su buena disposición hacia nosotros, he podido apreciar que su prestigio era bien ganado; he podido aquilatar las dotes personales del Canciller Iglesias, su capacidad, su inteligencia, su bonhomía, su cordialidad y ese saber moverse con gran sentido conciliador entre todas las fuerzas políticas del país, que le ha permitido realizar su gestión con el apoyo de todos los partidos, retirarse de ella de la misma manera y recibir, como en este caso, la despedida con cierta tristeza, también, de los representantes de todos los partidos.

Es evidente que lamentamos profundamente que Iglesias abandone este Ministerio que tan brillantemente ha ejercido y a pesar de que decimos que en el BID prestigiará al Uruguay, para nuestro país no va a ser lo mismo tenerlo en ese organismo que como Ministro de Relaciones Exteriores. De cualquier manera, le deseamos el mismo éxito que ha tenido en todos lados y que hemos podido apreciar personalmente.

SEÑOR BATALLA.- Señor Presidente: uno, a veces, en este tipo de reuniones se siente tal vez excesivamente acartonado por el protocolo parlamentario. Tal vez mis palabras en este momento tendrían que empezar diciendo: Enrique.

Quiero rescatar en esto, que naturalmente es una despedida, el clima que siempre debe existir, más allá de lo que puede implicar un alejamiento físico muy importante para el país.

ccs.7

Las despedidas tienen un sentido elegíaco y uno tiende a darle a sus palabras un tono grandilocuente, que muchas veces reflejan no del todo correctamente nuestros sentimientos.

No sé si puedo expresar que éramos amigos con Enrique Iglesias. Hace muchos años, siendo ambos más jóvenes, nos conocimos en un momento en que él ya era una figura importante en el país y yo uno de los tantos jóvenes políticos que participaban en un quehacer cada día más difícil para el Uruguay. En aquél momento sentimos un profundo respeto y admiración por ese joven que tan bien conocía los problemas del país y que manejaba de la misma manera las soluciones.

Luego la vida nos alejó, él estuvo mucho tiempo fuera del país y nosotros permanecimos aquí. Nos volvimos a ver con el reencuentro de la democracia y ahí sí podemos decir que con el curso del tiempo fuimos sintiendo por él además del respeto y admiración que naturalmente el ejercicio de su función nos ratificó, un profundo respeto personal.

Creo que mucho de lo que ocurrió en el país en materia de política exterior en estos tres años, se debe no solamente a una política acertada del Uruguay, sino a la propia imagen y figura del Ministro.

Nosotros, que podemos tener bastantes cosas en común, hemos visto permanentemente al Ministro, dentro y fuera del país, en actitudes siempre firmes: Cartagena, Contadora, GATT, Naciones Unidas. Más allá de actitudes firmes, siempre lo hemos visto --repito hacia fuera y hacia dentro-- en posiciones cordiales y afectivas del hombre que entendió que no era necesario el gesto adusto y el puño cerrado para mantener una posición.

Creo que eso lo sentimos todos. Tal vez, ese respeto que todos experimentamos y esa actitud consensual frente a la política exterior del país, también responde a un gesto vital, existencial, del señor Ministro que, a todos nosotros, los integrantes del Gobierno y de la oposición, nos ha hecho sentir importantes en la expresión de nuestras ideas, por más nimias, por más tontas, por más pequeñas que ellas fueran.

Creo que eso significa y constituye una actitud frente a la vida. En este mundo, en el cual la intolerancia se ha

25x

hecho tan relevante en la vida de los países y de los pueblos, la presencia de un Ministro que fue inmensamente tolerante hacia adentro y hacia afuera, que fue cordial, respetuoso y firme en la defensa de sus ideas, constituye, sin duda, mucho más que una definición política, es una actitud ante la vida que, más allá de protocolos políticos, concordancias o discrepancias, debemos no sólo compartir sino también admirar.

Por eso, en este momento en que se aleja el señor Ministro Iglesias para cumplir un destino, el cual estaba muy vinculado a su propia personalidad, es preciso recordar que más de una vez le dije a Enrique, naturalmente que en tono de broma, que su patria era el mundo. ¿No es verdad, Enrique?

Pienso que esto significa el cumplimiento de una parte de su destino, de acuerdo con expresiones del Presidente Sanguinetti que comparto, el Uruguay pierde un gran Ministro; el Banco Interamericano de Desarrollo gana un gran Presidente.

No sé si los avatares de la vida política permitirán que, un día Enrique Iglesias vuelva al Uruguay, para tener un destino acorde con lo que merece. Yo lo deseo así.

SEÑOR MEDEROS.- Señor Presidente: realmente, hacer uso de la palabra luego de los discursos oídos, abruma un poco a este humilde Legislador. Como lo ha dicho el señor Legislador Batalla, aunque dejemos un poco el protocolo a un costado, eso tiene sus limitaciones.

No podría retirarme tranquilo de esta sesión extraordinaria que reúne a las Comisiones de Relaciones Exteriores de ambas Cámaras, en que recibimos al señor Ministro de Relaciones Exteriores, don Enrique Iglesias, monopolizando un pensamiento referido a su gestión.

Es preciso hacer referencia al ejemplo que nos deja Enrique Iglesias.

Creo que en la vida política de los pueblos, los hombres que trabajamos por el desarrollo del Estado, integran dos clases: los demagogos y los estadistas. Creo que Enrique Iglesias demuestra cabalmente que es un hombre de Estado. A esto se debe el acto de hoy, que reúne a la totalidad de las fuezas políticas con representación parlamentaria para

despedir cordialmente a un gran Ministro. El ha sabido, por encima de todas las posiciones políticas, filosóficas o religiosas, expresarse con una solvencia, con un respeto y con una adecuación tan profunda, que nos ha deparado la suerte de tener, contemporáneamente a su gestión en el Ministerio, a una persona con tanta cultura universalista que le ha permitido aquilatar el momento que vive el mundo, un mundo tan cambiante, multifacético y difícil. Esta misma situación ocurre en nuestro pequeño mundo.

Por tanto, lo hemos visto dirigir un Ministerio que semeja un potro bravío. El Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay ha sido una trampa en que han caído muchos grandes estadistas que condujeron nuestra política.

Como Legislador, he sido contemporáneo de grandes personalidades que en el desempeño de esa tarea han cometido errores que les ha acarreado una interpelación por la cual han debido retirarse; algunos se han ido elegantemente y otros, empujados por las equivocaciones cometidas.

El Ministerio que Enrique Iglesias deja en esta hora es uno de los más difíciles. Es el que orienta al Uruguay y lo perfila hacia el mundo, insertando a éste en nuestro país.

El señor Enrique Iglesias ha sido capaz de llevar a cabo una obra que todos los uruguayos reconocemos. Pienso que no sólo al Presidente de la República y al partido gobernante les ha hecho un gran favor, sino que se lo ha hecho al país.

Considero que el Presidente y todos los Ministros, el Partido Colorado, el Partido Nacional y el Frente Amplio, estamos de acuerdo en que ha cumplido no sólo con el Gobierno sino con la Nación, dándole nuevamente aquel prestigio internacional que tenía antes, en que era considerada como la "Suiza de América". Aunque ello no fuera realidad, constituía un Estado con una gran tradición democrática y con una consolidada vida jurídica que le dio una fama inigualada.

Luego de la época sombría que hemos dejado atrás, Enrique Iglesias ha podido llevar al país, nuevamente, a esa posición de privilegio en el plano americano.

Cuando los Ministros o Legisladores concurren a eventos

internacionales, los conciudadanos latinoamericanos que nos reciben no dejan de expresar sus sentimientos ante la forma en que Uruguay ha podido resolver sus problemas, cómo ha podido orientar su vida en libertad, consolidando un perfil político muy tradicional. Yo, señor Presidente, que he concurrido a algunas de estas Asambleas con Enrique Iglesias, he comprobado con orgullo que, habiéndolo visto entrar, aún Reyes han ido a su encuentro para abrazarlo, haciendo trizas el protocolo, al igual que los Presidentes de otras naciones.

Me siento plenamente orgulloso de haber contado con un Ministro de Relaciones Exteriores cuya personalidad tenga tanta significación que, aunque aquí la hubiéramos aquilatado, cuando salimos al exterior, reafirmamos esta apreciación.

Todo esto me complace profundamente, aunque tengamos, con Enrique Iglesias, tantas equidistancias políticas y espirituales.

Verlo triunfar en esta forma me da una tremenda satisfacción, lo que me permite expresar lo que ahora estoy diciendo. Sepa el señor Ministro Iglesias que soy muy avaro en el panegírico de las personas vivas y contemporáneas, pero no lo soy con usted.

Pero no lo soy con usted, porque es un señor, y se lo ha ganado.

Hasta siempre, estimado amigo. Le deseo mucho éxito porque él constituirá el honor que el país necesita de estos grandes individuos que lo están sirviendo en el plano político. Usted es un político con mayúscula, un hombre de Estado, y no un demagogo.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR LESCANO.- Comienzo, antes que nada, pidiendo disculpas al señor Ministro y a todos los miembros de esta Comisión por nuestra tardanza al concurrir a Sala.

Hemos llegado a este recinto, un poco rezagados, por haber ido a despedir los restos mortales del doctor Tomás Brena, sobre el que se han referido el señor Representante Daverede y otros miembros de esta Comisión, como el señor Senador Terra Arocena, porque, creo que al igual que el señor Ministro Iglesias, el servicio del doctor Brena al país convocó un gran consenso de todos los sectores políticos.

rv.4

Sin perjuicio de ello, de ningún modo podía dejar de expresar mi más sincero reconocimiento, alejado de todo halago, de lo que ha representado el señor Ministro Iglesias al frente de la política exterior del país.

No sé si existen casos comparables en la historia de la política nacional. Estaba pensando, concretamente, en el ejercicio del Ministerio a cargo del doctor Dardo Regules, tantos años atrás, encontrándome también con una persona que, sin pertenecer al Partido de Gobierno, representara el respaldo y el consenso, tan amplio, de todos los sectores políticos. Digo, además, que la particularidad de la naturaleza de èste consenso no está basada como ocurre a veces, en los aspectos negativos. No se trata de un consenso por omisión o inoperancia, a veces gris, teñido de concesiones seudoprotocolares, sino que por el contrario este consenso está fundado en un desempeño activo, firme, positivo, de un importante rival de trabajo y efectividad en la gestión de la política internacional que, dado las características más relevantes del señor Ministro Iglesias, es el elemento más relevante en su tarea. Me refiero, concretamente, a la posibilidad de haberse volcado a profundizar en el diagnóstico exhaustivo de la grave crisis económica latinoamericana, de haber aportado desde su perfil técnico-político, tanto a la vida del país y en circunstancias en que las características del diagnóstico eran aun más agudas y difíciles, logró despertar a varios organismos anquilosados. Pudo también sacudir la inercia declarativa, de la política latinoamericana, para dotarla de un buen nivel de acción, de optimismo, de efectividad y de dimensión integracionista, que creo han constituido --como bien lo señalara el señor Senador Batalla, entre otros-- los aspectos más relevantes de una excelente gestión. Sin duda, el país entero la reconoce con estas brevísimas palabras --insisto, ajenas a todo formalismo y halago-- queríamos sumar nuestro reconocimiento por esa actuación y el sincero deseo de que esa fuerza se proyecte en la nueva y delicada tarea que el contador Iglesias asumirá.

Nada más, señor Presidente.

SEÑOR SINGER.- Señor Presidente: por más que uno exprima, imagine o aguce las entendederas es difícil agregar algo a lo ya expresado por los señores miembros de esta Comisión.

Tengo la convicción de que cuando se distribuya la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en esta sesión,

seguramente el Canciller Iglesias la guardará como un recuerdo importante en su vida como asimismo, también lo será para todos nosotros. A través de ella sabrá por qué en el país se ha calificado a su gestión como histórica.

Deseo agregar algo con lo que seguramente coincidirán los aquí presentes. Me refiero a que esta impresión de la dirigencia política está en la calle. Todo ciudadano, en cualquier sector o actividad que conoce al contador Iglesias y a su gestión, tiene la misma opinión que se ha reflejado en el seno de esta Comisión. Es decir que los calificativos representan, diría, la opinión de la República y esto es algo muy importante.

No quería dejar pasar en silencio en esta reunión sin agregar, con un carácter estrictamente personal, que a mi antiguo amigo, el contador Iglesias, le puedo decir que me siento orgulloso de tener su amistad y, a la vez, al compatriota que es él, le expreso --como lo podrá hacer cualquier ciudadano de este país-- que también me siento orgulloso de ser su compatriota.

Era cuanto quería expresar.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Ministro de Relaciones Exteriores.

SEÑOR MINISTRO.- Señor Presidente, señores miembros de la Comisión: ha querido el destino que esta sea la sesión más difícil a la que hemos concurrido --por lo menos para quien habla-- la más emotiva y dura de llevar a cabo.

Hemos compartido tres lindos años con todos ustedes, con el país, y creo que, manteniendo el tono de sobriedad que me permite hablar, ha sido un período en el que el país pudo demostrar que la dimensión no es límite para la dignidad y para la soberanía. Además, que aun siendo un pequeño país se puede tener, en el concierto de naciones, un cierto peso en un momento tan importante de la vida de la América Latina, como lo ha sido el renacer democrático de toda esta parte del continente.

Ese cierto peso, al que nos hemos sumado, creo que le ha hecho bien al país, y a su salud cívica. Considero que también le ha hecho bien al renacimiento de su democracia y al fortalecimiento de su identidad como tal. Todo ello,

señor Presidente, es el producto, no de una persona, sino de varias circunstancias combinadas en esta aventura tan hermosa que hemos vivido, y estamos viviendo. Es, en primer lugar, el gran triunfo de la democracia uruguaya, de la sociedad de este país que proyectó al mundo una imagen civilizada, serena y balanceada de lo que se puede hacer para reconstruir un estilo de vida que está en la sangre de los uruguayos.

Esa ha sido la primera protagonista de esta aventura del Uruguay democrático en el campo internacional. Asimismo, creo que ha sido también --a mi juicio-- el producto de una visión del Presidente de la República y de todos los dirigentes que acompañaron la política del Poder Ejecutivo, la que dio en llamarse política de Estado y de inspiración nacional, respecto de la cual yo fui uno de los instrumentadores. Pero, en el fondo, es el Poder Ejecutivo, el Presidente de la República, quien me distinguió con una confianza ilimitada, permitiéndome gozar de un margen de libertad, que es un privilegio para cualquier ministro y, en lo que a mí respecta, una fuente inagotable de reconocimientos.

Por otro lado, pienso que ha sido también el producto de un sentimiento nacional, que se siente unido a la política exterior de una forma que nunca hubiera imaginado. Alguien ha dicho aquí que el país vibra con lo internacional; y creo que es así. Debo pensar que es algo entronizado con la raíz de nuestro ser nacional, puesto que nacimos un poco al influjo de los vendavales internacionales y pienso que tenemos que seguir vibrando con ellos para ser nosotros mismos. Lo internacional, en nosotros, es algo demasiado importante para la propia existencia como uruguayos, pero ha sido también el producto de todas las fuerzas políticas y de todas las relaciones con que el Ministerio pudo contar en estos años.

Esta vinculación con el Poder Legislativo, que ha sido para mí fuente de amistad y de una enorme satisfacción desde nuestro nombramiento hasta esta vinculación regular, constructiva y serena, no sin disensos --que los hemos tenido, como corresponde a la naturaleza de los problemas-- ha sido una de las grandes piedras angulares de la política exterior. Esa relación parlamentaria es un lujo hoy en el mundo y lo digo sin ningún tipo de exageraciones. La proyección de la política exterior es todo eso y no simplemente la labor de una persona.

rv.7

Quiero decir, además, que es una lección para el mundo acerca de cómo se puede lograr, dentro de lo que es el disenso --que es fuente misma de la vitalidad de las democracias-- puntos de encuentro en lo que hace a las grandes vertientes nacionales.

Espero que esta experiencia --estoy cierto que mi sucesor y amigo está inspirado de los mismos propósitos-- debe ser para nosotros, los uruguayos, un puntal en donde no haya disenso. Tenemos que seguir luchando por una política de unidad nacional en materia exterior. Eso nos hace bien, nos ayuda a ser nosotros mismos y nos proyecta hacia un país cuya imagen exterior tiene que ser siempre mucho más grande que su dimensión geográfica, su poder económico o demográfico.

Quiero decir a los señores Senadores que he vivido los tres años más lindos, más ricos y más generosos, y deseo expresarles muchas gracias por su amistad.

(Prolongados aplausos)

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Así se hace siendo la hora 18 y 20 minutos)

rv.8